

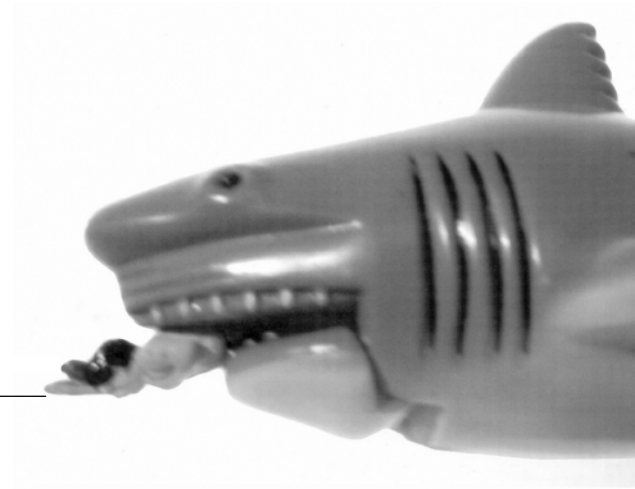
Seminario Provocaciones 2

Transcripción del Debate 1

PODER Y TV

Se dice que los espacios donde la sociedad se encontraba y discutía su propio sentido perdieron vigencia y que es hoy la TV el más importante de los espacios públicos.

- ¿Qué nuevas responsabilidades implica esto para la TV?
- ¿Qué encuentran en la TV los espectadores para ejercer su rol de ciudadanos?
- ¿Puede la TV sustraerse de los requerimientos de una democracia y una ciudadanía plena?



PARTICIPANTES

Apertura

- **Manuela Gumucio**, directora Observatorio de Medios FUCATEL

Expositores:

- **Cristóbal Marín**, Director Instituto de Ciencias Sociales, U. Diego Portales
- **Sofía Correa**, Historiadora, Profesora de Derecho U. de Chile

Moderador:

- **Marcia Scantlebury**, Periodista

Provocadores:

- **Lucas Sierra**, Investigador Centro de Estudios Públicos - CEP
- **Juan Carlos Altamirano**, Gerente Programación TVN
- **Fernando Paulsen**, Periodista y conductor de TV- Chilevisión

TRANSCRIPCIÓN DEBATE 1

PODER Y TV

Apertura:

Manuela Gumucio, directora Observatorio de Medios, Fucatel

Bueno, les doy la bienvenida a todos y les agradezco mucho la presencia en esta jornada de debates. “Provocaciones 2” es la continuación de “Provocaciones 1” que se realizó el año pasado y que fue muy interesante y donde se dio un clima de discusión que todo el mundo apreció mucho, fundamentalmente porque estaba la gente que hace la televisión junto a estudiantes, académicos, críticos, etc. Se trataron diversos tópicos, entre ellos el tema de la calidad de la televisión y se hizo el recorrido clásico por los típicos temas de si el rating es el indicador mejor para saber lo que la gente quiere, qué lectura se hace del rating, qué poderes inciden en la programación de los canales. Se terminó con el tema sobre la regulación televisiva sobre el cual nos vamos a repetir el plato este año.

Nosotros no podíamos volver a repetir un debate en el mismo estilo, o sea un debate que iba en muchos sentidos y que no se acotaba demasiado; entonces dijimos: este año tenemos que llegar con alguna propuesta y para eso hicimos una investigación que realizó Soledad Larraín junto con Andrea Valenzuela, donde nos planteamos que, en vez de analizar programas, íbamos a analizar un cierto número importante de horas sin considerar los noticiarios. Esto último, porque los noticiarios son analizados por muchas otras instituciones y porque nos interesaba saber qué pasaba con la gente que no veía noticiarios. Analizamos mil horas a las cuales se les sacó, evidentemente, la publicidad y las producciones extranjeras, o sea, tomamos solamente la producción nacional y dijimos bueno veamos qué pasa con 4 temas que a priori vamos a decir que son fundamentales para el desarrollo de la ciudadanía: qué pasa, por ejemplo, con el conocimiento de las políticas públicas, que pasa con los debates de sociedad que en el fondo están teniendo lugar detrás de una iniciativa legal o detrás de alguna medida del gobierno, cómo se profundiza eso, cuanto puede saber la gente sobre lo que se está discutiendo, qué pasa con los derechos ciudadanos, con los derechos humanos en particular y con los derechos ciudadanos en general ... cuánto se informa sobre eso, cuánto puede saber la gente sobre cuáles son sus derechos, en especial los menos conocidos porque hay algunos que están más claros que otros.

Después vimos el tema de la seguridad ciudadana, que está ocupando de manera muy relevante la programación, quisimos saber cuánto y cómo se trataba también; y luego observábamos que en Chile, desde hace algunos años, se está produciendo una importante actividad cultural, por ejemplo, hoy día una de las razones por la que faltó cierta gente a este debate, es porque están teniendo lugar dos seminarios paralelamente que interesan mucho (...) Hay mucho pensamiento,

mucha actividad de la cual no está dando cuenta la televisión. Esto acompañado, desde luego, del tema de la creación, de la literatura, de las artes plásticas, etc. Lo que hicimos fue medir cuando se hablaba sobre creación, literatura y arte.

El resultado de esta investigación arrojó que solo un 13%, se consideró que cuando se hablaba 30 segundos para arriba ya se estaba hablando del tema, y cuando se consideró el tema de la presencia de las artes se incluyó al programa Rojo, se le consideró una expresión artística popular. El resultado arrojó que cerca de un 30 por ciento de la programación trataba estos temas.

Durante esta jornada, Soledad Larraín explicará brevemente los resultados del estudio.

Durante esta jornada se va hablar mucho del nuevo tipo de sociedad que está instaurando la televisión y el nuevo tipo de ciudadano. Yo quiero agradecer muy particularmente a la gente de la TV que está aquí, a todos los participantes pero especialmente a la gente de la TV, porque yo siento que también hacer este tipo de encuentros tiene algo de una forma de resistencia, en cierto modo, porque me ha tocado trezarme en discusiones, no pocas veces, con ejecutivos de los canales a quienes cuando uno les plantea estos temas dicen que quienes sostienen visiones críticas sobre la TV pertenecen a una élite de iluminados que quieren imponer sus gustos refinados a sectores sociales con menos recursos, los que tendrían derecho a tener su propia cultura y nosotros estaríamos siendo - pongo el nosotros, porque soy de esas personas críticas -, estaríamos siendo poco democráticos y ellos verdaderamente democráticos.

Este tipo de planteamiento me deja muy perpleja porque yo pienso que, muy por el contrario, podría ser mucho más democrático no discriminar por la inteligencia, no segmentar por la inteligencia (...) Siempre se ha segmentado por edades, por grupos socioeconómicos, pero de repente se está segmentando por la inteligencia. Suponer de que todos somos capaces de entender las mismas cosas, de que todos tenemos derecho a compartir la información que, justamente, ha llevado al poder a quienes están ocupando esos puestos, porque, la verdad de las cosas, un ciudadano que carece de ciertos instrumentos no puede ejercer su rol de ciudadano. Ese es un tema.

Más adelante se va a ver lo que plantea Pedro Güell: la gente siente que la TV ha ido tomando el rol de la política, que la televisión es, en el fondo, la que defiende sus derechos, la que le ayuda a solucionar los problemas y eso abre un conflicto muy grande, porque, si eso es así, la televisión tendría que hacer muchas otras cosas, además de las que hace. Por eso este debate termina con una discusión sobre si debe o no especificarse de manera más clara la misión de los canales. Eso es todo, el debate queda abierto y dejo a Marcia que va a moderar el primer debate.

Marcia Scantlebury, Periodista- Moderadora

En primer lugar, vamos a escuchar la exposición de Cristóbal Marín, sociólogo de la Universidad Diego Portales, luego a Sofía Correa, historiadora y profesora de Derecho de la Universidad de Chile.

Cristóbal Marín, Director Instituto de Ciencias Sociales, U. Diego Portales

A continuación voy a presentar cinco tesis para el debate. Mi método consiste en proponer una tesis y luego proporcionar una breve explicación y ejemplificación de ésta. En la conversación posterior puedo aportar más evidencias empíricas y casos que ilustren el desarrollo de estas tesis en Chile. Partiré con una tesis más general que contextualiza el tema, para luego ir abordando -de la manera más polémica posible y en 10 minutos- dimensiones más específicas.

1. Los medios masivos, particularmente la televisión, han transformado profunda e irreversiblemente las condiciones bajo las cuales el poder político se ejerce y han creado una nueva forma de espacio público (entendido como el espacio de discusión sobre temas de interés común y de lucha por la “visibilidad” de las propuestas y demandas de las personas y grupos), con consecuencias decisivas para la vida democrática y el ejercicio de la ciudadanía.

Los medios instauran un nuevo tipo de esfera pública -sin límites espaciales, no vinculado necesariamente a la conversación “dialógica” y accesibles a un número indefinido de individuos- que tiene un gran impacto en las formas como se ejerce el poder político, en el funcionamiento de la democracia y la idea de ciudadanía. Esta “mediatización” del espacio público tiene sus orígenes en Europa a fines del siglo XVII y en América Latina en el XIX, con el rol que la prensa comenzó a jugar en la estructuración de la discusión pública. Para los liberales como Bentham, James y John Stuart Mill, e incluso para Kant; o en América Latina, para Sarmiento o Lastarria, el rol de una prensa libre era crucial para el desarrollo de la democracia, a tal punto que se convirtió en Europa en una de las instituciones decisivas para las transiciones de los regímenes absolutos a las democracias liberales modernas y en América Latina para la construcción de las nuevas repúblicas.

Más tarde, en la primera década del siglo XX, el mismo Max Weber intuyó lúcidamente el profundo impacto de la prensa en el debate público y la democracia “si hoy día la prensa –escribía en el primer congreso de la Sociedad Alemana de Sociología- obliga a los parlamentos a ponerse de rodillas con la simple amenaza de no imprimir los discursos de los diputados, es evidente que ha cambiado tanto el sentido del parlamentarismo como la posición de la prensa”.

Desde su emergencia, entonces, los medios masivos jugaron un rol importante en la esfera pública. Sin embargo este rol hasta hace poco era parte de un sistema cuyas principales fuerzas eran la política de partidos basados en ideologías y la movilización política. Se podría hablar de una convivencia de un espacio público mediado con un espacio público de co-presencia, cuyas formas paradigmáticas

eran las manifestaciones públicas en las calles, las reuniones masivas, las discusiones en los salones, cafés, sindicatos y otros espacios de sociabilidad, y los debates parlamentarios. Incluso, estas actividades probablemente eran más importantes que los medios en la estructuración de lo público.

En el caso de Chile, por ejemplo, en un evento donde la televisión jugó un rol tan decisivo como el plebiscito de 1988, este rol no puede ser separado de la campaña casa a casa, reuniones políticas y sobre todo manifestaciones públicas en las calles.

Sin embargo, durante las últimas décadas el espacio público tradicional de co-presencia poco a poco va siendo transformado y en los últimos años en gran parte desplazado por el espacio creado por los medios, particularmente la TV. Se ha producido una significativa disminución de la identificación con los partidos políticos, una creciente desconfianza a la clase política y un relativo abandono de las manifestaciones públicas y la movilización política. En este contexto, se observa una progresiva dependencia de la televisión para la información sobre y la comprensión de hechos de interés común y para la expresión de demandas al Estado y la sociedad. Incluso los partidos políticos e instituciones gremiales disminuyen notablemente su rol de intermediadores entre vida privada y pública y los individuos establecen crecientemente este vínculo a través de la televisión. La televisión, entonces, se ha convertido en el principal medio de información y expresión de la deliberación pública y representación social, y ha transformado profundamente las condiciones bajo las cuales la mayoría de las personas experimentan lo que es público y participan de lo que puede ser llamado la vida pública.

2. A mi juicio la consolidación de la televisión como el actor principal de este nuevo espacio público no ha traído consigo la desintegración de la esfera pública y la trivialización del debate, como la mayoría de los intelectuales y la elite política tiende a pensar. Sus consecuencias son más ambivalentes, y, bajo ciertas condiciones, positivas para la calidad de la democracia.

La interpretación respecto al impacto de los medios en la calidad de la vida pública ha sido muy controvertida. Para la mayoría de los intelectuales (entre otros Adorno, Habermas, Sartori, Bourdieu, Popper) y para la elite política los medios, particularmente la televisión, no han hecho más que trivializar el debate público y generar una crisis en las instituciones democráticas, aumentando la desafección ciudadana con la política y la desconfianza en las instituciones y actores políticos (“malestar cívico”). Creo que ninguno de ellos ha comprendido este fenómeno. Sin embargo hay otros, los menos y entre lo que me cuento, que consideran que las consecuencias de la TV han sido más ambivalentes, e incluso positivas. Entre otras cosas, la TV a)ha ayudado a expandir los procesos de deliberación e información ; b)ha ampliado el derecho de acceso a la vida pública a cualquier individuo, c) ha facilitado la transformación del discurso político en una forma más accesible, más cercana a las normas de la conversación cotidiana d)ha ayudado a que ciertas “voces” previamente excluidas sean “visibles”; d) ha

umentado el escrutinio del poder; y e) ha ayudado a ampliar la concepción de lo que es público.

3. En los últimos años la idea de lo público y privado y las demandas e intereses de las personas se han transformado profundamente. La televisión ha tendido a hacerse cargo de esa transformación con consecuencias decisivas en su programación y orientación y en la evaluación negativa por parte de la elite y positiva por parte de los públicos masivos.

En el caso de Chile la agenda pública antes dominada por ideologías, partidos y el Estado ha declinado, y ha aparecido un escenario más difuso, donde los protagonistas comienzan a ser los temas sociales y la vida cotidiana, incluyendo los asuntos sexuales y valóricos. Es decir la noción de lo público se ha ampliado a terrenos antes considerados privados. Los medios, en especial la TV, han tendido a seguir esta agenda, con una evaluación muy negativa por parte de las elites, creyendo que este cambio ha llevado al extremo el proceso de trivialización del debate público. Sin embargo, si se realiza un análisis más atento, se obtiene que la TV más que producir una decadencia de la esfera pública está posibilitando nuevas formas de participación en la vida ciudadana y ampliando el registro de lo público. La TV está de alguna manera “politizando” la vida cotidiana en formas que antes no eran posibles. Es decir, informar a las personas sobre los problemas de la educación o salud en su comuna; o de los abusos en los créditos de las multitiendas de los malls; o de cómo ciertas industrias están afectando su medioambiente local (caso basurales o antenas de celulares); o sobre los nuevos métodos anticonceptivos disponibles; o sobre ancianos encadenados en asilos clandestinos; o sobre carnes y quesos podridos en las cadenas de supermercados; o sobre obispos y curas pedófilos; o sobre madres lesbianas que luchan por la tuición de sus hijos; o sobre homosexuales discriminados en sus trabajos, etc.; puede tener efectos en el espacio público importantes, influyendo en las personas al momento de tomar decisiones o incluso movilizándolos por ciertos asuntos. Todos estos ejemplos de programas televisivos han tenido alto rating en prime-time, y generado gran debate en la sociedad chilena. Estos programas, más que info-entretención, como muchos les han llamado despectivamente, probablemente serán los programas políticos más relevantes en este siglo XXI. Sin embargo, para que lo sean, los profesionales de la TV tienen que entender mucho mejor de como lo han hecho hasta ahora las transformaciones de la sociedad y públicos chilenos (para lo cual no queda otra que contratar sociólogos) y adoptar algunas de las estrategias del periodismo más inquisitivo, que a través de la investigación periodística e incluso del humor feroz cuestiona a los que detentan posiciones de poder (un poco más del espíritu de The Clinic, que tan buenos resultados le ha dado en términos de lectoría, no le vendría mal a nuestra aún tímida y obsecuente TV).

Voy a ir más lejos... Incluso, me atrevería a decir que el aumento de cobertura de noticias relacionadas con problemas de los famosos, no es sólo un asunto de “chismografía” o farandulización. Hay por supuesto un gran componente de ello. Pero muchas veces, parte de la fuerza de interpelación que tienen esos temas es porque reflejan preocupaciones más de fondo de los públicos. No son sólo mera

entretención, aunque por cierto ésta es un factor importante. Por ejemplo, en USA casos ya emblemáticos como el de O.J.Simpson o Louise Woodward (la niñera británica que mató a un bebe a su cargo) además de su espectacularidad hablaban de problemas reales de la sociedad americana: relaciones raciales y necesidad de las mujeres de dejar al cuidado de niñeras sus hijos por su creciente entrada al mundo del trabajo. En el caso de Chile, la infidelidad de Álvaro Salas, la salida del closet de Villouta, la lucha por la tuición de sus hijos de la malograda candidata Raquel Argandoña, etc., a veces pueden ser la punta de un iceberg de problemas más de fondo de la sociedad y los públicos chilenos.

4. Ni los grupos conservadores ni los grupos progresistas han entendido que en esta nueva democracia mediatizada no queda otro criterio que los intereses y demandas de los públicos. Sin embargo, ellos deben ser mucho mejor comprendidos.

La izquierda no ha podido deshacerse de su querido concepto de “falsa conciencia”, es decir, las masas están engañadas, manipuladas, no saben lo que les conviene y cuáles son sus reales intereses, por lo que no se puede confiar en ellas. Por su parte, los grupos más conservadores siguen apegados a una concepción elitista de la cultura y sólo ven en la cultura de masas mal gusto, chabacanería, estupidez, ignorancia, inmoralidad, etc., por lo tanto no se puede confiar en las masas hasta que se eduquen.

Sin embargo, por más que cueste aceptarlo no hay otro criterio para evaluar la programación televisiva y el interés público en el contexto de los medios que, dentro de ciertas reglas, las preferencias e intereses de las audiencias.

Pero comprender las demandas e intereses de los públicos no es algo fácil y la industria televisiva no hace muchos esfuerzos por hacerlo. Es evidente que el people-meter es necesario pero también es evidente que no basta. Si mi diagnóstico es correcto, se hace urgente implementar mecanismos complementarios y más sofisticados de evaluación de los intereses y la satisfacción de las audiencias (la TV inglesa, por ejemplo, los tiene muy desarrollados: evaluación de demandas, índices de satisfacción y calidad, índices de diversidad programática, etc...). En vez de hacer esto, la clase política, secundada recientemente por el canal de la PUC, se obsesiona con ideas peregrinas como eliminar el people-meter on-line...

5. Las transformaciones de la industria de los medios y de la cultura política (la nueva “política de la confianza”) han creado las condiciones para que los escándalos político mediáticos –sean éstos sexuales, financieros, o de poder– adquieran un gran protagonismo e impacto en el debate público, en el ejercicio del poder y en los límites entre la esfera pública y privada, tal como ha ocurrido en la mayoría de las democracias europeas y en Norteamérica, y, recientemente, en Chile.

El escándalo político mediático no es un fenómeno nuevo. Si bien sus orígenes se remontan a los panfletos antimonárquicos de los siglos XVII y XVIII en Inglaterra y Francia, es sólo a partir de mediados del siglo XIX –con el cambio de las bases

económicas y tecnológicas de la prensa y el surgimiento del periodismo como profesión- que este fenómeno comienza a adquirir un mayor impacto en la esfera pública. Sin embargo, el escándalo adquiere un impulso decisivo a comienzos de la década de 1960 en Inglaterra con el caso Profumo y a principios de la década de 1970 en Estados Unidos con el caso Watergate. Desde entonces el escándalo político se está convirtiendo en un evento mediático de mucha mayor frecuencia y con consecuencias políticas decisivas. Las causas que explican el incremento en número y relevancia del escándalo político mediático son variadas, entre otras:

1) cambios en las tecnologías de comunicación y vigilancia: hoy existen nuevas tecnologías de registro y transmisión de información que pueden hacer más visibles las conductas de los personajes públicos. Ej: cámara oculta en el caso del juez Calvo.

2) transformaciones en la cultura y práctica del periodismo: hay un cambio en la profesión periodística hacia la consolidación de su vertiente más inquisitiva y de investigación. El periodismo como profesión surge a fines del siglo XIX con ese ethos que más tarde se tiende a neutralizar (“periodismo de conferencia de prensa”). Sin embargo, desde hace algunos años la cultura periodística reconoce como paradigma esta forma indagadora e independiente de periodismo, que contribuye a hacer más borrosa la distinción entre lo público y lo privado de quienes detentan posiciones de poder.

3) cambios en la cultura política: existe una transformación en la cultura política que los medios han ayudado a producir pero que va más allá de ellos. Consiste en la declinación de la política basada en ideologías y la emergencia de una política orientada a programas específicos y al carácter, credibilidad y confianza de los líderes políticos. La única garantía para el electorado de que se tomarán decisiones adecuadas la constituye el carácter y credibilidad de los dirigentes y el escándalo es, precisamente, un test de credibilidad.

4) los medios en Chile están madurando como industria y transparentando sus niveles de audiencia y lectoría; y cualquier industria inserta en un mercado –es decir, que compite sobre la base de criterios de mercado por sus públicos- debiera tender a velar por los gustos, intereses y demandas de sus consumidores y no por los intereses corporativos o estatales. (En esto falta todavía mucho por hacer pues los medios y especialmente los avisadores no están acostumbrados a jugar en serio con las reglas del mercado, y todavía son muy tímidos cuando se trata de cuestionar el poder, especialmente el poder económico).

El escándalo político mediático no es necesariamente algo negativo, como muchos políticos lo afirman. Aunque sí es un fenómeno delicado. Los escándalos pueden ser importantes mecanismos de escrutinio del poder, y pueden generar debate sobre los estándares de conducta y la rendición de cuentas de quienes ejercen cargos públicos o de poder, lo que es positivo para la vida democrática. Pero por otro lado, pueden constituirse en estrategias de lucha política partidista de uso intensivo, lo que podría tener consecuencias negativas para la calidad de

la vida pública, pues puede profundizar el desencanto ciudadano de la actividad política y el desprestigio de instituciones y personas. Es decir, podrían producir crisis políticas graves y erosionar las relaciones de confianza sobre las cuales se basa la acción política democrática. Sin embargo, este riesgo no es razón suficiente para las negativas reacciones generadas desde el sistema político (como por ejemplo el proyecto de ley de protección a la privacidad aprobado por la Cámara de Diputados y hoy en discusión en el Senado o las interpretaciones restrictivas de las normas de acceso a información de fuentes públicas), que presentan una amenaza para la prensa y la democracia, pues ponen en riesgo la libertad de informar. Este tipo de eventos mediáticos como el escándalo rompe la histórica obsecuencia de la televisión con las elites, por ahora políticas, pero es de esperar que también con las elites económicas, por muy difícil que parezca pues, a fin de cuentas, son ellas las que financian los medios a través de la publicidad.

Marcia Scantlebury, Periodista- Moderadora

Ahora le corresponde exponer a Sofía Correa.

Sofía Correa, historiadora, Profesora de Derecho U. de Chile

Gracias. Buenos días. Me han pedido que participe en estas “provocaciones” con unas ideas provocadoras y espero, contribuir al diálogo y al debate con algunas reflexiones en torno a la relación entre la televisión y poder, desde el punto de vista de una observadora e interesada en el tema político, y no de una especialista en medios de comunicación. En este sentido, hay varias de mis ideas que coinciden con las de Cristóbal Marín, pero en general la mirada es diversa.

En primer lugar, para analizar la relación entre la televisión y el poder me parece que es necesario situarse en el mismo primer punto que planteaba Cristóbal: en cómo la televisión ha cambiado el modo de hacer política. Las grandes concentraciones callejeras de los años sesenta y setenta no son la forma en que se relacionan hoy los dirigentes con la ciudadanía. Así como fue un quiebre radical la campaña del año 20, en que el ex presidente Arturo Alessandri, saca la política de los banquetes, de los clubes políticos y la instala en las calles de la ciudad, así también se produce un cambio de esa magnitud con la televisión. Mi percepción es que a nosotros nos llega ese cambio de forma muy brusca por el prolongado período de dictadura que congela el proceso político y, por lo tanto, nos encontramos repentinamente con este nuevo fenómeno del cual no habíamos tendido noticias y que estaba transformando de manera radical la relación entre la dirigencia política y la ciudadanía.

Ahora, a mi juicio, este consiste fundamentalmente en que lo que más impacta son determinadas imágenes y no determinadas ideas, la imagen prevalece sobre el discurso. Todos recordamos el dedo del entonces candidato Ricardo Lagos, pero tenemos un recuerdo difuso de lo que le dijo al general Augusto Pinochet. Ahora bien, esta posibilidad de impactar con imágenes sin contenido creo que fue recogida muy rápidamente por la dirigencia política post dictadura, en especial por

los dirigentes de la Concertación, y fue marcando todas las formas de relación política entre dirigentes y ciudadanos. Soy bastante crítica de este modo de hacer política y creo que la última elección municipal es una clara manifestación de estas imágenes sin contenido, de propaganda con muchas caras sonrientes y escasas ideas. A mí me alegró bastante la politización de la ciudadanía que se expresó en los resultados electorales, pero no en la campaña misma donde se dio una relación cívica que tiene un efecto desmovilizador y que, a mi juicio, se utiliza justamente para anular la posible movilización de aquella gente que podría haberse creído el cuento de que había puesto fin a la dictadura y exigir, por tanto, las consecuencias de esa acción política.

La desmovilización política, la desmovilización ciudadana asegura, por otra parte, un quehacer político en el silencio y en el secreto, donde se establecen procesos de negociaciones y delicados equilibrios que no se presentan a la ciudadanía, que se esconden a la ciudadanía y que se limitan a las relaciones de las cúpulas partidistas entre sí y también con la cúpulas empresariales y militares. En medio del secreto, los expertos en lobby, figuras paradigmáticas de este proceso, se apoderan de los espacios públicos, privatizándolos, con el fin justamente de asegurar la preeminencia de los intereses privados en las decisiones públicas. Ahora, para que esto suceda a mi juicio es relevante que la ciudadanía se despolitice y la programación de televisión aparece muy funcional a este propósito. La dirigencia política ha aprovechado con gran habilidad y ha manipulado hasta sus últimas potencialidades todo lo que la televisión ofrece para poder mantener a la ciudadanía lejos del escrutinio del poder y lejos de una participación cívica sustantiva. Este fenómeno produce una grave desnaturalización de la relación política entre dirigentes y ciudadanos, creando un sucedáneo de cercanía al poder a través de una falsa noción de intimidad, es decir, a través de la pantalla se puede entrar en intimidad con las figuras del poder, llamarlas por su nombre de pila, tutearlas, opinar sobre su último cambio de look, en fin. De este modo, a mi juicio, se desnaturaliza la relación entre la dirigencia y los ciudadanos y ciudadanas, homologándola a la relación que tiene el público con los artistas y los animadores de sus programas favoritos y, en consecuencia, se despolitiza el corazón mismo de la política.

Ahora, para que se produzca esta despolitización ciudadana es necesario que la programación de la televisión sea de farándula combinada con la teleserie intimista y provocativa. Hemos visto que los episodios fundamentales de las teleseries favoritas se transforman en portadas de la prensa escrita más popular. Un fenómeno nuevo muy impactante en este sentido es como la farándula y las teleseries le imprimen su sello a los programas informativos o de análisis políticos y las noticias se vuelven entonces *voyeristas*, livianas, volátiles. Opiniones banales y extremadamente irracionales, irreflexivas y auto referentes, de dudosa representatividad, son planteadas como opinión pública reforzando la despolitización ciudadana. De este modo la televisión ha constituido, a mi juicio, un paradigma de ciudadanía, atomizada, auto referente, sin sentido del otro ni de formar parte de una comunidad diversa y plural, más amplia que el entorno próximo que le afecta de forma directa e inmediata.

Una ciudadanía irracional, que “piensa”, entre comillas, emotivamente, que no necesita dar razones y, por lo tanto es incapaz de debatir de manera racional sobre diagnósticos y formas de solución de los problemas nacionales. Basta con el “yo siento que”. Una ciudadanía, en consecuencia, que siente que la solución de sus problemas se mueve entre la exigencia perentoria y el golpe de suerte, semejante al de los concursos que premian con regalos y dinero.

De este modo las circunstancias personales o familiares, los problemas que vive la sociedad no se insertan en el contexto social, en un determinado contexto histórico, sino que se siguen manteniendo en el ámbito privado. Este modo de abordar los problemas individuales le quita a la demanda ciudadana el sentido de colectividad, de nación y es una forma de despolitizar. Ahora bien, dado este diagnóstico tan crítico de la relación entre televisión y poder, es necesario replantearse la relación entre el poder y la reconstitución de la ciudadanía en Chile. En este aspecto me voy a referir a tres puntos que me parece necesario abordar: el primero: creo indispensable reconocer las exigencias propias del medio televisivo, la primacía de la imagen sobre el contenido aparece tan real como la necesidad de atraer la mayor sintonía posible, así como los altos costos que implica hacer televisión es otra dimensión que hay que tener presente, así como probablemente otras más que a mi se me escapen. No me parece posible, bueno, discutir sobre la relación entre televisión y poder negando el carácter específico que tiene la televisión y que le imprime determinadas características a la relación de la ciudadanía con su dirigencia. Pero a la vez es necesario, a mi juicio, exigirle a la televisión que en su programación se pongan en juego los requisitos para que la sociedad chilena recomponga su condición ciudadana: por lo pronto la racionalidad y el sentido colectivo. A mi me gustaría ver programas de reflexión y de análisis social así como también reflexionar sobre la forma en que se diseñan los programas de entretenimiento.

Creo que en este espacio se presenta la oportunidad de generar una discusión profunda sobre el paradigma de ciudadano que surge de la selección de imágenes y programas que transmite la televisión chilena. Entender como se construye este paradigma, para que todos los actores en juego puedan intervenir en su reconstrucción.

Hasta ahí mis primeras provocaciones, gracias.

Marcia Scantlebury, Periodista- Moderadora

Gracias Sofía, quería explicarles que provocaciones se realiza en torno a estas exposiciones que duran de 8 a 10 minutos. La segunda parte es muy interesante porque participan muy buenos “provocadores” como el periodista Fernando Paulsen, el académico Lucas Sierra y el sociólogo Juan Carlos Altamirano. En primer lugar, le daremos la palabra a Lucas Sierra.

Lucas Sierra Investigador Centro de Estudios Públicos - CEP

Gracias buenos días. Esto de ser provocador es curioso, a mí como que me neutralizaron con el adjetivo así que probablemente arriesgo a transformarme en una especie de flan “blando y dulzón”.

Bueno lo más provocador que he visto hasta ahora es Sofía Correa dijo que tenía muchos puntos en común con Cristóbal Marín y explícitamente no parecen tener ningún punto en común, porque son palmariamente distintas las dos visiones. En lo personal encontré interesantes algunos análisis de la historia que hizo Sofía Correa, pero tiendo a coincidir con el análisis más general de Cristóbal Marín. Hay sin duda una larga tradición académica-intelectual, político-intelectual, que tuvo su cuna y su expresión más eximia en la escuela de Frankfurt en la post guerra, en los años cincuenta y en los sesenta, que tiene ramificaciones hasta el día de hoy y que precisamente tiene que ver con no entender el carácter masivo de los medios masivos de comunicación. Resulta interesante analizar esa perspectiva, porque revela una cierta esquizofrenia: se dice “bueno, las masas están alienadas, las masas están siendo hipnotizadas” por esta especie de culebra que son los medios masivos, y en especial la televisión, pero ese observador que lo dice -un intelectual normalmente- se sitúa afuera: él no está contaminado ni está hipnotizado por los medios de comunicación de masas. Por esa razón me gusta la perspectiva de Cristóbal Marín, en el sentido de no tener una especie de pesimismo flagelante respecto de los medios masivos.

Ahora, respecto a la televisión en Chile: es curioso lo que se ha dicho en cuanto a una supuesta despolitización de la televisión chilena. Voy a mirar este problema desde el punto de vista de la regulación de nuestra televisión y de la historia de esa regulación porque a mi juicio los problemas que tiene la televisión hoy se deben precisamente a dicha historia. El año 58 el ex presidente Carlos Ibáñez dicta la primera norma al dejar un decreto, cuando iba cerrando las puertas del Palacio Presidencial, que regulaba la televisión. La regulación a partir de entonces es un proceso fagocitado por la política y en la política encarnada en la figura del estado. Piensen ustedes, por ejemplo, ¿a que instituciones se asignaron las dos primeras estaciones de televisión en Chile?: a dos universidades, un canal a la Universidad Católica -una institución semipública, mucho más pública en esa época que ahora, con un estatuto de derecho público, muy conectada al estado- y el otro canal a la Universidad de Chile, la universidad estatal.

Hubo múltiple solicitudes -a partir del año 60 en adelante- de empresarios privados chilenos y extranjeros para ganar una concesión de televisión y sistemáticamente durante los gobiernos de Jorge Alessandri y luego de Eduardo Frei, se les fueron negadas. ¿Por qué?: porque era un esquema de regulación que ponía todo el poder, todo el mango del sartén, en las manos del gobierno. Ambos por distintas razones: Alessandri por el temor a Salvador Allende y porque tenía...recuerdan la historia la ley mordaza... una enorme desconfianza en los medios de comunicación. En el caso de Frei, desde un principio varios de sus asesores-entre ellos Juan Hamilton- construyeron la idea de que al Estado y al gobierno le faltaba

un canal de televisión y cualquier solicitud que no apuntara en ese sentido era rechazada.

Esto se consolida en 1969 año en que se crea Televisión Nacional de Chile. Luego, con la primera ley de televisión en el año 1970 se establece una suerte de monopolio legal que -en el paroxismo que se produjo en el marco parlamentario después de la elección de Salvador Allende- llega a tener estatura constitucional. Es increíble que hoy día la Constitución, norma fundamental del país, se refiera a un medio de comunicación en específico como es la televisión. Eso es herencia de esas garantías constitucionales.

En el minuto en que la naciente oposición de la época, y sobre todo la Democracia Cristiana, comprometía sus votos para votar por Allende en el Congreso pleno, amarran el futuro de la televisión chilena en la Constitución. Así este duopolio “universidades-estado”, “universidades-gobierno”, “universidades-TVN” adquiere rango constitucional. Esto es bastante extraño porque la radio, que es el medio de comunicación equivalente y usa el espectro radioeléctrico- nunca había sido sometida a esta forma tan particular y específica de regulación. ¿Qué significó esto en la práctica?: que Chile tuviera televisión muy tarde en comparación con Latinoamérica con una primera transmisión en el año 57, en circunstancias que en Inglaterra se estaba transmitiendo televisión a finales de los años 20 y principios de los treinta, Argentina estaba transmitiendo televisión casi ocho a nueve años antes que Chile y México para que decir. Tuvimos televisión muy tarde precisamente por no facilitar libertad privada en la televisión.

Esto significa que no se generaron tradiciones de propiedad privada hasta el año 89. ¿Qué implicancias tuvo aquello?, hagan memoria: que el único medio de comunicación en que no hubo ninguna oposición durante la dictadura fue en la televisión: hubo radios de oposición, hubo diarios de oposición, hubo revistas de oposición, pero no hubo televisión de oposición. ¿Y por qué ocurre esto? Porque la televisión estaba absolutamente apegada al Estado, el Estado fue “colonizado” como dirían algunos teóricos; el estado fue expropiado por la fuerza y por lo tanto se expropió la televisión. El canal 7 se manejaba desde La Moneda, lo sabemos, con absoluta discrecionalidad y los canales universitarios se manejaban a través de los rectores delegados. Entonces esta especialidad de la televisión obsesiva tiene que ver con la política. Bueno, qué pasa después, el año 1976 se sientan las bases del esquema de regulación que existe hoy día, y corresponde a una propuesta de Jaime Guzmán. No deja de ser paradójico que algunas figuras supuestamente así llamadas progresistas en Chile defiendan aún la estructura del Consejo Nacional de Televisión: la estructura del Consejo Nacional de Televisión es una hija genuina de Jaime Guzmán, ¿qué podemos esperar, desde el punto de vista de la libertades políticas y culturales, con ese origen?

Pinochet claro conocía el poder de la televisión, el poder político de la televisión, y a pesar de que la Constitución del año 80 eliminaba este monopolio constitucional de universidades y de gobierno, no dicta la ley que lo materializa, que lo pone en

operación, sino hasta el año 1989: obviamente, no quería una radio *Cooperativa* en la televisión. Heredamos una estructura de regulación muy estricta.

Preguntas a propósito de esta historia: no deja de llamar la atención también en el documento que nos entregó Manuela Gumucio respecto de la investigación. No voy a discutir sobre sus bases metodológicas, pero asumamos que es metodológicamente exacta

No deja de ser curioso que en cuanto en la tematización de los derechos ciudadanos y de políticas públicas, cuestiones que tienen harta relevancia para participar en la esfera pública, sea Televisión Nacional el que aparezca con el casi menor porcentaje de horas dedicadas a eso, ¿por qué? Es una pregunta que me gustaría hacerle a los panelistas para que traten de responderla desde el punto de vista de sus presentaciones originales. Si existe despolitización, ¿por qué esta despolitización se empieza a producir primero en el canal del estado?

La segunda pregunta es ¿qué pasa con el people meter online?, el people meter parece ser una cuestión democrática, pero presiento que hay un problema en el people meter on line que tiene que ver con el hecho de que disminuye el riesgo de la creación artística: se hace una televisión predecible que actúa sobre segura, una televisión que sólo tiene en pauta responder a las preferencias más inmediatas del público que está siendo medido, y que, además, tampoco parece ser un público muy representativo. Veo posibles respuestas distintas entre los panelistas Cristóbal Marín y Sofía Correa. Me gustaría preguntarles a ellos cómo evalúan el tema del people meter.

Marcia Scantlebury, Periodista- Moderadora

Vamos a dejar planteadas esas interrogantes a Sofía y a Cristóbal ya hora Carlos Altamirano tiene la palabra en un momento muy oportuno porque aquí se está tocando el tema de la Televisión Nacional y el espacio que le da dicho canal, dentro de su programación, a los temas relacionados con derechos ciudadanos y políticas públicas. Dejo con la palabra a Juan Carlos Altamirano.

Juan Carlos Altamirano, Gerente Programación TVN

Yo creo que se pierde la experiencia de ser provocador, con los años..., así que vamos a tratar de provocar un poco. Bueno, estoy muy de acuerdo con lo que ha planteado Cristóbal Marín y, en consecuencia, es posible que repita parte de lo que él ha planteado.

Yo creo que tenemos que empezar preguntándonos si los temas que nos convocan son verdaderamente relevantes para la gran mayoría del público, es decir, cuando me llega el estudio que hicieron y las preguntas, vale decir las políticas públicas, los derechos ciudadanos, en el fondo la política, ¿es la agenda de temas del estudio de interés realmente público? La verdad es que yo encuentro bastante positivos los resultados a pesar que se dirá que son negativos. Pero yo cuando leí los resultados la verdad pensé que iban a ser aún más negativos, que

íbamos a encontrar menos espacios y tiempos dedicados a éstos temas, y, entonces, habría que preguntarse porqué estos temas no forman parte de la agenda. Creo que la respuesta más directa es que la TV tiene otra agenda, entonces, la pregunta que habría que hacerse es: quién define la agenda de temas, quién define que cosa es de interés público, quién define cuáles son temas relevantes para discutir. En este sentido, yo me inscribo en que es el propio público quien define su interés público, y sobre este aspecto siempre discutimos con la Manuela Gumucio: yo creo que no somos nosotros, las élites, los llamados a definir el interés público y los temas que tienen que discutirse en la sociedad.

Personalmente yo soy de formación sociólogo, muchos años en la Universidad, de manera que tengo una formación netamente académica, y mucho interés por este tipo de temas, pero tengo que reconocer que los intereses de los públicos no coinciden con los míos y es necesario entender que estamos viviendo un cambio gigantesco en los paradigmas que han regido la agenda de los temas públicos. Hasta hace una década atrás el tema de los derechos civiles, las políticas públicas, las relaciones de poder, los problemas de conflicto de la sociedad civil eran fundamentales para la gente común y para la sociedad, y eso hoy ha cambiado para bien o para mal. Hoy, lo privado a pasado a tener más importancia y preponderancia para la gente común para el gran público; los problemas personales son más relevantes que los problemas sociales, los problemas emocionales y sentimentales son más trascendentes que los problemas políticos. Y la TV, por consiguiente, quiere captar, quiere interpelar a estas audiencias, no puede dejar ignorar esta dimensión de los intereses. Creo que quizás ha llegado el momento de aceptar que la época donde el racionalismo como doctrina general reinaba se acabó; donde las teorías y modelos sociales eran los únicos paradigmas válidos a través de los cuales la población discutía, fenómeno que no ha terminado completamente, pero que está altamente cuestionado. Hay que reconocer que la discusión política y social ha pasado a segundo plano, frente a los problemas y temas que afectan directamente a las personas y, vuelvo a repetir, los temas que realmente le interesan a las personas son las relaciones humanas, sexuales, emocionales, que se yo.

Algunos panelistas han planteado que no hay discusión social, pero yo encuentro que hay una tremenda discusión en el ambiente en relación a los contenidos de la televisión. Por cierto que no es una discusión política, es una discusión más bien en el ámbito cultural, en el ámbito de los valores, en el ámbito de la moral, etc. Entonces, no sería conveniente que los estudios y las críticas se volcaran a supervisar la presencia o a explicarse los temas que son efectivamente de interés público ya no a partir de una agenda predefinida por paradigmas que han sido superados. Uno por supuesto podría preguntar: no sería mejor que los estudios y las críticas se centraran en analizar como se están cubriendo los nuevos temas y contenidos que irrumpen en la TV, mas allá de si son los temas correctos o no o de si son positivos o negativos. Yo creo que eso lo valorará la historia a la larga, porque la verdad es que, detrás de esta farandulización, detrás de esta simple despolitización, en fin, hay mucha política, hay temas tan complejos como la salud mental, las ilusiones y fantasías de la gente, el placer: una serie de móviles que

hoy día son los que se mueven en la sociedad. Quizás, hay que entender que las grandes problemáticas que movieron el siglo veinte están superadas y hemos vuelto a la época del romanticismo de los siglos 18 y 19, donde el racionalismo neoclásico fue reemplazado por una valorización extraordinaria de lo simbólico, de lo dramático Recordemos que en esos siglos sin vértice es donde se desarrolla esa gran literatura clásica que hoy día estudian las academias, me refiero a las novelas melodramáticas de un Víctor Hugo hasta un Charles Dickens, etc., etc. En este sentido, mi sensación es que la TV, al igual que todas las artes y los medios de comunicación a lo largo de la historia, lo que ha hecho es, sencillamente, representar la sociedad en que vive. Aquí se ha preguntado ¿qué sociedad está construyendo la televisión? Yo preguntaría al revés: ¿qué televisión está construyendo la sociedad?. La televisión es un reflejo de la sociedad y si hay una despolitización, creo que es un análisis simplista echarle la culpa a la televisión porque, a mi juicio, el cambio es más profundo, y el hecho es que los temas públicos, cada vez más, han entrado en el tema de lo privado y que lo privado se ha ido haciendo público. Esto no es nuevo; este paradigma del cambio de la noción de lo privado a lo público, si uno revisa la historia, está en permanente evolución y, durante el período del Romanticismo, al cual me estaba refiriendo, se vivió un problema similar: de repente, una gran parte de la intelectualidad se dedicó a hablar de los sentimientos, de las emociones, del melodrama y fueron - aunque clásicos a la larga- basureados por la elite de su época, que les decía lo mismo que hoy escuchamos aquí en relación a la televisión. Toda esa tradición inventada durante el romanticismo es la que hoy día recoge la televisión y, en ese sentido, la televisión no ha inventado nada, sino que continúa reflejando los cambios que se van produciendo en la sociedad. En este aspecto, creo que las elites no han comprendido la existencia de un cambio gigantesco de paradigma donde se da una relación de mutua influencia entre la sociedad y la televisión. Por lo anterior, la clase política tiene, también, que mirarse a sí misma para ver porqué tenemos lo que tenemos.

Marcia Scantlebury

Gracias Juan Carlos. Ahora le corresponde intervenir al periodista don Fernando Paulsen.

Fernando Paulsen, periodista y conductor de TV Chilevisión

Gracias, yo creo que la principal provocación y quizás la más potente que yo puedo dar, es que, siendo una persona que trabaja en televisión todos los días, estoy en un setenta por ciento de acuerdo con Sofía Correa: digo un setenta porque hay un treinta por ciento que quiero mencionar. Creo, en primer lugar, que el fenómeno de la despolitización ciudadana a que Sofía hizo referencia y que yo lo domino, el de la opinión pública pasiva versus la opinión pública activa es un fenómeno que, por cierto, trasciende la televisión. Ahora, estoy totalmente de acuerdo con Sofía Correa en que la televisión hace una programación funcional, en gran medida, a la pasividad. Más aún: creo que hay una programación esquizofrénica de la cuál reconozco ser víctima y protagonista, según el caso. ¿En

que consiste esta esquizofrenia?. Explico: en los medios escritos, en las reuniones de pauta están los editores de todas las secciones -incluidos los de espectáculos y deportes que son las áreas con mayor flexibilidad, en prensa escrita, en lo que se refiere al rigor periodístico. Bueno, al margen de esas dos secciones, todo el resto del diario, me refiero a los diarios generales no especializados, se rige por criterios periodísticos de alguna forma similares. Existen normas relativamente estables y se apela a un público reflexivo y racional. En el caso de la televisión eso no ocurre por la naturaleza misma del medio y en la misma pantalla se suceden, sin ninguna advertencia, un programa con criterios éticos muy distintos del siguiente, con formas de rigurosidad en la producción muy diferentes, así sucesivamente durante la programación de cada canal en la misma pantalla. Es como si yo tuviera un diario donde hay una sección en donde no importa en absoluto la calidad de las fuentes informativas y en otra sección fuera extremadamente riguroso en el método y la forma y en otra distinta apelara a lo más básico o animal de la población.

La televisión tiene una dinámica esquizofrénica: los criterios éticos por los cuales se rige una telenovela no tienen nada que ver con los criterios éticos por los cuales se rige un noticiario, o un concurso, o una película de ficción, o un reportaje. Dentro de una misma estructura compiten, con índices de tensión que varían de acuerdo al año, quienes producen esos contenidos, ya sea desde el lado del periodismo, ya sea desde el lado de la producción, ya sea desde el lado comercial...

Dicho esto, creo que es mucho más grande el problema de despolitización que la influencia que, en este sentido pueda ejercer la televisión, pero, sin duda, la tele es, efectivamente, funcional a ese modelo y no solamente la tele chilena: toda la tele comercial que conozco es funcional a ese modelo. Tienes, por una parte, el intento por el lado de los departamentos de prensa de apelar a un público racional y reflexivo y, simultáneamente, en un amplio espectro de la programación se apela a un público cuya mayor actividad se traduce en participar en un concurso, en llamar a un número de celular, en mantenerse en el mismo canal: no hay mayor índice de participación real.

Creo además que la tele no se puede abstraer de determinadas explicaciones que se dan en el marco de lo que somos los chilenos y nosotros tenemos un índice de hipocresía gigantesco y por lo tanto como tenemos un índice de hipocresía gigantesco, cuando damos explicaciones en diversas áreas damos explicaciones hipócritas y las respuestas en torno a la programación televisiva no son la excepción. Cuando aquí se hace *un reality show* como *Protagonistas de la Fama*, la explicaciones que se dan para justificarlo son del siguiente tenor: que permitiría entender los valores y los temas que interesan a la juventud chilena, que facilitaría el conocimiento de nuestros hijos, el intercambio con ellos...!!las pinzas!!!: la explicación es súper sencilla, y es que el reality show es un gancho comercial tan gigantesco y que se necesitaba el dinero que generan los realitys, me parece mucho más honesto eso. Casos como el de Televisión Nacional me parecen emblemáticos. Yo estuve en TVN y me encanta, y todos los gerentes de

programación de ahí, incluyendo a Juan Carlos Altamirano y pasando por el anterior, Jaime de Aguirre, tienen plena conciencia que en un canal donde está goteado y muy peleado el Directorio el Gerente de Programación se valida al final del año en un porcentaje gigantesco no por los contenidos que produjo, sino por los números que produjeron esos contenidos. Si Jaime de Aguirre, amigo mío y compadre, si Jaime de Aguirre hubiese tenido 3 o 4 años en rojo, en los momentos que habían tensiones fuertes en el directorio de Televisión Nacional, probablemente le hubiese costado mucho avanzar, pero el tenía talento de generar números azules además de contenidos interesantes y que podía ubicarlos en distintos lugares. Pero, si los números no eran azules no había validación y eso me parece ridículo no reconocerlo. La tele está asociada al público de una manera que también me parece pobre: no es justo que las personas que trabajamos en la televisión le traspasemos al público la responsabilidad de definir los contenidos. Creo que la tele tiene un rol y un papel nada despreciable en el debate, así como el presidente no hace un plebiscito para consultar sobre la pena de muerte, porque sabe que lo pierde, en el caso de la televisión si los públicos definieran los temas habría un porcentaje mucho mayor de contenidos que no tendrían nada que ver con lo reflexivo o lo interpretativo. Pero, la televisión no hace eso: regula lo que pasa por el público y coloca noticiarios y hace programas de reportajes y genera programas de cultura, aunque los tire el domingo a las 2 de la tarde, porque regula o intenta regular los intereses masivos del público. Quiero terminar señalando que la tele de hoy día no es la televisión, la industria de la televisión hoy día no es la televisión, es un marco mucho mayor que la televisión. Voy a poner un ejemplo palmario: yo recibo todos los días a las 11:15 de la noche, antes de mi programa, los diarios del día siguiente. Hace una semana partió *Ídolos* a las 11 de la noche, a las 11:10 llega el diario Las Últimas Noticias, con una portada general de un *empelotamiento* maravilloso de la Adela Secall, con un titular que decía: “impacto por desnudo de Adela Secall en Teleserie *Ídolos*” y yo prendo canal 7 y no había empezado *Ídolos, todavía*; y tengo el diario con la foto del programa ya advirtiendo que se provocó impacto cuando todavía ningún público había tenido acceso. Se podría haber cortado la luz esa noche impidiendo la transmisión de la teleserie y habría pasado un bochorno gigantesco Las Últimas Noticias. Esa relación que hoy día existe entre Televisión, revistas especializadas, diarios, en la sección espectáculos, no se daba hace seis o siete años atrás: hasta esa época todavía existía en la prensa escrita una cierta dosis de desdén con respecto a la tele, un desprecio medio iluminista con respecto a la tele, la tele era para la frivolidad, para las cosas masivas y las cosas serias aparecían en los diarios. Eso se ha roto y ha surgido una complicidad que hace que la televisión sea mucho más que la televisión, el reality show *Protagonistas de la fama* era mucho más entretenido al día siguiente porque Las Últimas Noticias contaba de que había pasado tras bambalinas que por las historias del propio reality. Al producirse esa complicidad el fenómeno de la televisión deja de ser exclusivamente el fenómeno de un medio. Termino señalando que la opinión pública activa y la politización se da en otros países probablemente con un énfasis mucho mayor en educación colegial, debate, análisis de contenido, reflexión que en la tele. Para mí es sintomático que cuando el New York Time confiesa y reconoce que uno de sus columnistas estrella falsificó durante cinco años los artículos en el New York Time, doscientas

cincuenta mil personas llamaron para cancelar su suscripción al New York Time. Pero cuando aquí se miente, cuando aquí hay error, cuando aquí se hacen cosas que no gustan, nadie tiene nada que temer de esa envergadura, estoy hablando de prensa escrita, donde tú puedes cometer un error de envergadura y al otro día no vas a vender ni un diario menos. Tú puedes establecer una situación porque la opinión pública no tiene conciencia de ser poderosa en el acto de hacer que estas cosas funcionen y yo creo que desde ese punto de vista todo lo que sea inversión en opinión pública activa es extraordinariamente útil y es un gran generador de control sobre la impunidad.

Marcia Scantlebury

Me parece que estamos llegando al centro de la discusión sobre el papel de los medios de comunicación y sobre la comunicación como vía de consumo, la responsabilidad de los medios y de las elites. Alrededor de estos temas vamos a realizar una segunda vuelta. Empezaremos con Cristóbal Marín.

Cristóbal Marín, Director Instituto de Ciencias Sociales, U. Diego Portales

Primero, no estoy de acuerdo con Fernando Paulsen: yo creo que hay nuevos temas en la televisión, una nueva agenda que es profundamente política, una agenda que está politizando la vida cotidiana. Temas como la homosexualidad, parentalidad, etc. son temas que antes estaban en el espacio privado y los límites entre lo público y lo privado siempre han sido móviles, pero ahora están en lo público y por lo tanto son temas políticos. En ese sentido tampoco estoy de acuerdo ni con la Sofía Correa ni con Fernando Paulsen en cuanto a que existiría una despolitización de los públicos. Yo creo que existe otra forma de politizarse y que existe otra forma de informar a los públicos sobre éstos temas o en reportajes, o noticieros de altísimas audiencias, además de altísimos rating; además, los programas más vistos son precisamente éstos y que pueden influir en la toma de decisiones de los públicos: en sus decisiones de votación, en los de compra, etc., incluso de movilizarse en el caso de los créditos de las multitiendas o la salud o la educación, la antena de celular que pusieron en tal comuna, etc. Entonces, yo creo que los medios siguen jugando un rol importante en politizar la vida cotidiana, ese nuevo tema que ha entrado en lo público.

El tercer punto es la audiencia: suena difícil aceptarlo, pero yo creo que no hay otro criterio que las audiencias para la programación televisiva. Ahora, es necesario entenderlas mejor, por eso es que no basta el people meter. Una mayor comprensión de las audiencias y de la sociedad chilena, permitiría a los creativos de televisión poder arriesgarse más respecto a programas que a la gente le interesan también. Entonces el people meter on line es un detalle, yo creo que no importa; el punto es entender mejor a las audiencias con otros mecanismos, además del people meter, que la televisión Chilena no se han adoptado, pero sí en la televisión inglesa y en otras televisiones más sofisticadas. Además los públicos no son uno y eso la televisión lo sabe: los programas apuntan a una diversidad de público. Ahora, los públicos masivos son uno y el prime time generalmente está

destinado a ellos, por supuesto. Pero también se cuida de otros públicos y hay programación para públicos menos masivos.

Respecto al tema de si la televisión es o no un reflejo de la sociedad: los programadores de la televisión chilena no entienden bien todavía los cambios en la sociedad Chilena. De repente se cuentan cuentos que no son, por que se basan solo en el people meter para entender a esa sociedad. Es preciso usar otro tipo de estudios, otros mecanismos, contratar más sociólogos, etc. Hay que entender bien a la sociedad y ahí si que puede ser que la televisión refleje a la sociedad y a los intereses y demandas de los públicos.

Y quinto: el tema tan controvertido de la farándula y de los temas de interés humano etc. Sobre este tema, me atrevería a decir, siendo polémico, que también hay criterios comerciales por supuesto, pero hay efectos inesperados de criterios. Por algún motivo interpelan tanto a la gente estos temas de entretención (...) hay cosas más profundas ahí, hay efectos no esperados que pueden ser buenos para la democracia, incluso. Por ejemplo, la idea de las emociones, el ponerse en el lugar del otro, una suerte de amistad cívica que es tan útil para la democracia.

Marcia Scantlebury

Gracias. Sofía Correa ahora.

Sofía Correa, historiadora, Profesora de Derecho U. de Chile

A ver hay dos preguntas de Lucas que espero poder responder haciendo un comentario que alcanza también lo planteado por Juan Carlos Altamirano.

A mi me da la impresión que se instala una mirada ingenua sobre la televisión en el sentido de que la televisión respondería a un público que la demanda y sería una respuesta nítida a ese público que está expresándose. Como yo soy historiadora mis símiles suelen ser históricos. Ahora me surge el paralelo con la forma en cómo la sociedad chilena, en los años cincuenta y principios de los sesenta, podía entender lo que era el diario El Mercurio. El Mercurio para la sociedad ilustrada, en la década de los cincuenta y principios de los sesenta era el reflejo de la opinión pública: lo que El Mercurio decía era, precisamente, lo que la sociedad estaba expresando. Hubo que esperar las circunstancias políticas de fines de los sesenta y principios de los setenta, el periodo de la Unidad Popular, para que los estudiosos vieran cuanto de manipulación había en un titular de El Mercurio al lado de una foto de El Mercurio.

A donde apunto con esto, apunto a que las noticias y la opinión se construyen y creo que es muy importante tener esto presente: hay una manipulación de la -llamémosla- opinión pública, aunque me parece que es demasiado grande llamarla opinión pública, porque no está propiamente constituida una opinión así. Creo que los temas de discusión, los temas de interés, los gustos son manipulables y son manipulados. Vivimos la manipulación muy claramente en la

época de la dictadura y yo creo que es muy ingenuo pensar que hoy día la televisión es transparente y no manipula.

La postura mía es que, efectivamente, desde el espacio político se construye una televisión que responde a un interés de despolitización. Por eso es, precisamente, Televisión Nacional de Chile el canal que aparece, en el estudio del Observatorio de Medios, Fucatel, como el que más despolitiza; y esto es bien evidente porque es el canal al que más le interesa desmovilizar, porque las cúpulas políticas, desde el Estado, están construyendo una política racional.

Creo también que nos tenemos que concentrar en esta idea de lo público y lo privado, y es súper interesante lo que ha salido en este debate; efectivamente creo que se piensa, y está presente hace harto tiempo, el tema de que lo privado también se hace público y, en ese sentido, la televisión estaría haciendo público algo privado: las emociones, el fin de racionalismo al que se refiere Juan Carlos: el romanticismo. Pero aquí creo que hay un punto sustantivo en el cual detenerse y es que cuando lo privado se hace público deja de ser intimista y se transforma en un problema público, deja de ser privado.

El romanticismo no es intimista, puede recoger los sentimientos y las pasiones, pero construye la mayor crítica social que se ha escrito en el último siglo, Víctor Hugo, Charles Dickens fueron mencionados por Juan Carlos Altamirano, no son intimistas y están hablando de una sociedad cruzada por dramas sociales decisivos; entonces lo privado cuando se transforma en público deja de ser privado y eso yo creo es súper relevante. Quisiera retomar, entonces, lo que señala Cristóbal Marín y por eso dije, hace un rato, que había ciertos puntos en común, puentes, donde se pueden establecer ciertos diálogos que me parecen súper importantes.

Cuando Cristóbal dice que la televisión está politizando la vida cotidiana y menciona el caso, por ejemplo que se ha mencionado acá el caso de la madre lesbiana, el caso del consumo de productos podridos, en fin, si esos temas quedan reducidos a una conversación semi sórdida, sobre si la madre es lesbiana o no, y que van a mirar los niños, por decir lo menos es el dormitorio de la madre con su amante, por decir un ejemplo. Eso no sirve de nada, porque no está siendo público lo privado, pero si eso se transforma en una discusión pública sobre las libertades individuales, sobre los derechos de las minorías sexuales, el tema se hace público, pero eso no lo he visto, no he visto que se de ese salto del comentario casi de copucha a una discusión de un tema público: en ese sentido se politizaría, sería polis, se convertiría en un tema de sociedad un tema que es privado.

Lo mismo respecto al tema de los productos de los supermercados: no he visto la constitución de una especie de movimiento de los derechos de los consumidores, no hay nada más desprotegido en este país que los derechos de los consumidores. Este tema si bien instala un problema en sociedad, lo reduce a un comentario que dura muy poco, que es muy fugaz, y que no instala como temas

públicos temas que son privados. En ese sentido creo que podría ser bien fascinante discutir cómo la televisión -que trae otro mensaje, que trae otras maneras de acercarse a lo político, que introduce un cambio irreversible- puede también discutir sobre la forma en la que se relaciona con la ciudadanía y con el poder.

Marcia Scantlebury

Muchas gracias Sofía, ahora le vamos a dar la palabra al público, que es el objetivo de esta reunión. Quien quiere tomar la palabra, podrían identificarse por favor.

Público

El mío es un alcance muy corto respecto a lo que dijo Lucas Sierra. Él se refirió al hecho de que cuando se creó Televisión Nacional de Chile, el presidente Eduardo Frei Montalba quería crear un canal de Gobierno. A mí me tocó formar parte de ese canal y las instrucciones fueron muy claras: la idea era crear un canal del Estado que entretuviera a la población y elevara el nivel educacional, por eso yo siento una gran tristeza de ver la televisión actual. Quería aclarar esto porque me pareció grave que Lucas Sierra desfigurara a todos los que hicimos televisión en esa época, en mi caso como gerente comercial. A nosotros lo que nos guió y lo que queríamos crear se respetó completamente hasta el día de la elección del año 70 en que alguien se cayó y mostró a don Jorge Alessandri de candidato con una cara muy fea, haciéndolo aparecer viejo para que perdiera la elección. Eso motivó la renuncia de una serie de ejecutivos en el canal y un cambio. Cuando Televisión Nacional se convirtió en un canal de Gobierno fue con el gobierno de la Unidad popular y mucho más aún con el gobierno militar, pero no antes, eso lo quiero dejar claro porque es la verdad histórica que a mí me tocó vivir.

Público

Mi nombre es Jorge Cisternas, de la agrupación ciudadana Defendamos la Ciudad y coordino un grupo de iniciativa de los derechos formativos de la sociedad civil. En primer lugar, a veces escucho y veo a Fernando Paulsen y, en ocasiones, discrepo de sus posturas, pero debe ser porque es uno de los pocos periodistas que tiene una postura personal, cuando uno escucha a Fernando Paulsen sabe que está hablando con convicción y en base a sus propios valores y usa su propio discernimiento; el resto de la prensa, el resto de los periodistas, en cambio, están mediados por pautas editoriales del canal para ir en función del rating. Nosotros estamos por una sociedad libertaria, pero el punto clave es preguntarse ¿quiénes tienen derecho a la información, a la libertad de expresión? En este momento es un derecho que tienen no más de diez personas en este país: Álvaro Sahie, Agustín Edwards, Ricardo Claro y los que tienen el control de los medios de comunicación. Resulta que la mayoría de los periodistas que están en los medios no son como Fernando Paulsen.

Entonces es cierto, ustedes están dando lo que la gente pide entre comillas, ¿pero no será porque el morbo de la gente lo pide? En el Imperio Romano era (...) pan y circo para tener al pueblo tranquilo, y el circo era precisamente para alimentar el morbo de las personas. Todos sabemos eso.

Entonces lo que tú estás diciendo no es algo nuevo, o sea, ha habido grandes cambios, han cambiado las tecnología, han cambiado los ambientes, pero la naturaleza humana no ha cambiado tanto. Aquí todos tenemos nuestro morbo, unos más, pero lo aprendemos a controlar, lo aprendemos a regular en función de valores, en función de otras cosas mayores; en lo privado le damos un pequeño espacio a veces a nuestro morbo, y ustedes están utilizando precisamente esto la intromisión en el espacio privado para explotar el morbo de las personas en función de los grandes intereses comerciales y ponen lo que da más rating porque ahí hay más publicidad. Entonces no me vengan a decir, ni a alegar libertad de expresión cuando los representantes de la sociedad civil no tenemos ningún espacio, aquí en este mismo panel qué dirigentes, qué representantes de la sociedad civil hay aquí presentes. Estamos dándonos vuelta sobre lo mismo (...) Pero perdóname, lo que tu has dicho es lo mismo que dice la Paulina Nin de Cardona nada más que tu has hecho mención a la Escuela de Frankfurt, que la Paulina Nin no sabe que existía, pero la línea de argumentación es más o menos la misma (...) Las organizaciones sociales teníamos más cobertura, más presencia en los medios en la época de la dictadura que la que tenemos ahora porque resulta que Manuel Bustos aparecía en las noticias hasta el año 89, ahora la CUT no existe (...) Una cosa es el sector privado comercial y los grandes financistas que controlan el cuento y otra cosa son las organizaciones ciudadanas, la sociedad civil y la gente.
